

Abstract

Este paper apunta a demostrar la imbricación de la política nacional y provincial bonaerense expresada en la construcción de los máximos liderazgos del Partido Justicialista Bonaerense. Esa imbricación implica la presencia de una zona gris donde ambos ámbitos se con(funden). El paper aspira a arrojar cierta luz sobre ella a partir de descifrar tres situaciones que dan cuenta de la imbricación y que configuran tres tipos diferentes de impacto político: provincializador, nacionalizador y cooperativo.

EL PARTIDO JUSTICIALISTA BONAERENSE: INSERCIÓN NACIONAL Y LIDERAZGOS

María Matilde Ollier

I.- INTRODUCCIÓN •

Este paper apunta a demostrar la imbricación de la política nacional y provincial bonaerense expresada en la construcción de los máximos dirigentes del Partido Justicialista Bonaerense (de ahora en más PJB). Mientras la escena política nacional se ve afectada por el fenómeno de “federalización” (Ollier: 2001; 2003); “provincialización” (Navarro: mimeo) o “territorialización” (Gutiérrez: 2000 para el PJ y Calvo y Escolar en el sistema político: 2005) lo cual presupone una mayor fortaleza de los gobernadores, desde 1983 Buenos Aires sufre, al mismo tiempo, un marcado proceso de “nacionalización”: esto es, un impacto decisivo de la política nacional en su territorio expresada a nivel de sus máximos liderazgos. Para trabajar este argumento, el paper enfoca en su principal partido de gobierno: el PJB.

Resulta un lugar común afirmar que desde antaño Buenos Aires ha jugado un rol preponderante en la política argentina. Los triunfos o las derrotas electorales en ella nunca constituyeron un dato menor para los gobiernos nacionales. Su potencial des/estabilizador ha sido notable.¹ Con la llegada de la tercera ola democratizadora a nuestras orillas, la provincia ha estado gobernada desde 1987 por el peronismo. Por lo tanto para estudiar su imbricación nación/provincia a nivel de los liderazgos del PJB no se puede soslayar 1) que se trata de un partido que ha sido durante 18 años partido de gobierno; 2) que en un lapso de 22 años el peronismo ha gobernado la Argentina durante 14; y 3) su rol como partido eje (Cavarozzi: 2002) en el actual sistema de partidos.

Analizar el PJB atendiendo a sus liderazgos se vincula, en primer lugar, a la importancia que ellos guardan en la política argentina; este enfoque permite salir de las explicaciones por la negativa del funcionamiento de la política; con “negativa” aludo a las claves interpretativas que atienden a las carencias de la situación doméstica, es decir basar el análisis en los caminos recorridos por otros países. Lo cual puede resultar útil desde el punto de vista normativo pero contiene un escaso valor explicativo. La variable caudillesca lejos de desaparecer, reciclada a los nuevos tiempos, continúa siendo central al funcionamiento de la política doméstica. Reciclada a los nuevos tiempos demanda atender las novedades que trajo la consolidación de la democracia política. Antes de 1983, en general los caudillos políticos sobrevivían a los regímenes autoritarios que,

• La ponencia forma parte del Proyecto Prioritario (2005) de la Escuela de Política y Gobierno otorgado por la Universidad Nacional de San Martín. Agradezco a Ricardo Gutiérrez la lectura atenta y las oportunas sugerencias hechas a este paper.

¹ Basta recordar las elecciones de 1931 que ganara el radicalismo y su incidencia en el destino político de Uriburu, como las de 1999 y su influencia en el proceso que llevó a la crisis de 2001.

llegados a su fin, veían resurgirlos.² La presencia ininterrumpida del proceso electoral desde 1983 implicó que los líderes partidarios para mantenerse deben, periódicamente, ser revalidados en las urnas. Por lo tanto no alcanza con manejar las redes del poder partidario si al mismo tiempo el “caudillo” no cuenta con formas de garantizarse extra-partidariamente, es decir en la ciudadanía, la permanencia de ese liderazgo.

En segundo lugar, esta perspectiva nos permitirá inferir -- en un estudio de caso - cuáles son los alcances, en términos de la conducción de un partido, de sus liderazgos en la actual configuración política nacional. Es decir dónde se hallan los resortes de poder de los máximos jefes peronistas en la provincia de Buenos Aires, cuál es su imbricación con el poder nacional y su relación con los poderes locales. Estas inferencias pueden dar lugar a nuevas investigaciones sobre el entramado del poder político en la provincia de Buenos Aires.

Es frecuente señalar que el PJB, o sectores de él, ha sido decisivo en las caídas de De la Rúa y de Rodríguez Saá (ambos en diciembre de 2001), en la nominación de Duhalde a la presidencia (enero 2002) y en el triunfo de Kirchner (abril de 2003). La hipertrofia bonaerense (Malamud: 2004), su poder institucional en la Cámara de Diputados de la Nación y la cercanía geográfica al poder central, aun cuando expliquen la predominancia del PJB dentro del PJ junto a otras razones de índole partidaria --su peso numérico en el Congreso del partido—, no bastan para interpretar, por sí solas, los fenómenos aludidos más arriba (aún teniendo en cuenta que el PJ es el partido eje de la política nacional y el PJB ocupa un lugar predominante dentro del justicialismo). Es preciso atender a la imbricación de los liderazgos provinciales y nacionales en el PJB para lograr una explicación más acabada de estos acontecimientos.³

Al ser partido de gobierno en la provincia de Buenos Aires, el peronismo bonaerense se ha visto impactado tanto por la federalización de la política argentina como por su particular situación de “nacionalización”. Es decir, en la dinámica de los liderazgos del PJB confluyen la provincialización de la política argentina en general (si los gobernadores son fuertes el de la provincia de Buenos Aires lo es más todavía) y la nacionalización que lo afecta en particular.⁴ Esa imbricación de la política nacional y provincial implica en primer lugar la presencia de una zona gris donde ambos ámbitos se superponen y se (con)funden. En segundo lugar, tal como se verá en el paper, la imbricación supone tres tipos de situaciones. En este paper las clasifico de la siguiente manera:

-- **impacto político provincializador**; refiere a la influencia de la provincia sobre la nación como ocurrió a través de cinco episodios en 1985, 1987, 1988, 2002 y abril de 2003

-- **impacto político nacionalizador**; refiere a la influencia de la nación sobre la provincia como ocurrió a través de cuatro episodios en 1983, 1990, 1997, septiembre de 2003 y 2005

-- **impacto político cooperativo**; refiere a la mutua conveniencia de ambos planos como ocurrió a través de dos episodios en 1993, 1995 y durante el lapso 2003 - 2004.

² Esto dejaba al descubierto 1) la complicidad civil/militar y 2) el escaso valor dado a la democracia política por la ciudadanía.

³ Sin descartar que la imbricación resulte un epifenómeno de los datos que señalamos como rasgos del PJB lo cierto es que se requiere explorar más en detalle ese proceso de imbricación.

⁴ Cabe la pregunta hasta dónde ese fortalecimiento no lo ha convertido en casi autónomo de sus liderazgos, donde sus cuadros se mueven con aquel jefe que le provee mayores ventajas materiales.

Para estudiar estos impactos el paper desarrolla cada uno de ellos en su contexto histórico-político. El contexto, a su vez, se divide en tres períodos donde se desplegaron conflictos de distinta naturaleza en el interior peronista. El primer período (1983-1988) analiza la disputa entre los liderazgos renovadores y ortodoxos expresados en Antonio Cafiero y Herminio Iglesias; el segundo (1989- 2003) gira en torno a los conflictos sucesorios que protagonizaron básicamente Carlos Menem y Eduardo Duhalde, con la participación inicial de Antonio Cafiero y el tercer período (2003-2005) se centra en el gobierno de Kirchner y atiende a las tensiones entre el presidente y Eduardo Duhalde, las cuales se convertirán en disputa abierta merced a la intervención del gobernador bonaerense, Felipe Solá.

II.- LIDERAZGOS ORTODOXOS Y RENOVADORES, NACIONALES Y PROVINCIALES (1983-1989)

Cuando el régimen autoritario dio señales de apertura política el peronismo enfrentaba la necesidad de resolver la cuestión sucesoria bajo la égida de su vieja dirigencia. Detrás de la resolución de la candidatura presidencial ocupaba un lugar importante la nominación a gobernador en la provincia de Buenos Aires. En ese entonces se encontraba al frente del PJB, Herminio Iglesias, uno de los tres dirigentes máximos que reconoció el justicialismo provincial desde 1983. Los otros dos fueron Antonio Cafiero y Eduardo Duhalde. Mientras Antonio Cafiero formaba parte de la dirigencia nacional (su último cargo había sido el de ministro de economía de Isabel Perón), Herminio Iglesias era el referente bonaerense en la cúpula justicialista. Duhalde contaba en su haber la intendencia de Lomas de Zamora.

El peronismo, influenciado por la política nacional, impacta a su vez en la provincia. Semejante impacto se expresa primero en el recambio al frente del PJB de Iglesias por Cafiero y posteriormente de Cafiero por Duhalde. En el primer recambio, el justicialismo se halla en la oposición mientras en el segundo, a manos de Menem, ocupaba la Casa Rosada. Esta sección desarrolla el primer recambio mostrando cómo cada uno construyó su liderazgo provincial en relación al justicialismo y a la política nacional. A su vez, se verá cómo, en el transcurrir de los acontecimientos, se imbrica la disputa por la candidatura presidencial (nacional) y a gobernador (provincial).

Cafiero al frente del MUSO y respaldado por el Grupo sindical de los 25, compartía con otros candidatos, entre ellos Italo Luder, las chances de ser uno de los precandidatos a la presidencia. El Grupo sindical pro cafierista se hallaba bajo la égida de la CGT República Argentina en disputa con los jefes de las 62 Organizaciones Peronistas, cuyo máximo exponente era Lorenzo Miguel. Éstos, conjuntamente con el PJB dirigido por Herminio Iglesias, conformaban la alianza que comandaba el peronismo nacional. Es decir, el MUSO y el Grupo de los 25 constituían el desafío a la conducción nacional del PJ.

Iniciada la transición democrática, la cúpula peronista estaba en manos del sindicalismo (Gutiérrez: 2000). En la alianza de este actor con el peronismo bonaerense se inscribía la dinámica política en la provincia.⁵ Más todavía, la alianza entre Miguel e Iglesias constituía el dispositivo de poder que conducía el PJ al comenzar la transición. De ahí que la doble aspiración inicial de Cafiero, o bien ser candidato a presidente o bien ser candidato a gobernador de Buenos Aires, en cualquiera de sus variantes tropezaba con obstáculos en la conducción del PJ en los dos planos (nacional y

⁵ Gutiérrez (2000) explica de modo bien documentado el proceso de renovación de la cúpula del PJ luego de 1982. Los datos para la provincia de Buenos Aires del período 1983-1988 son extraídos de ese texto.

bonaerense). Una vez que Miguel impuso la fórmula presidencial (Italo Luder-Deolindo Bittel) quedaba a Cafiero la alternativa bonaerense. Sin embargo, su pretensión no era sencilla de alcanzar, en tanto Iglesias se encontraba en mejor posición en la cúpula del PJ. Iglesias contaba con el respaldo de las 62 Organizaciones y de la mayor parte de los delegados del PJB, encargado de las nominaciones para los cargos provinciales. En consecuencia, el lugar destacado de Iglesias respondía a su vínculo con el sindicalismo, a su ubicación en el PJ, y a su jefatura del PJB. Es decir, las chances de Cafiero se veían disminuidas ante el dominio herminista.

El poderío de Iglesias quedó reflejado en agosto de 1983, cuando la mayoría de los congresales del PJB lo proclamaron junto a Oscar Amerise candidatos a gobernador y vice por la provincia de Buenos Aires, binomio convalidado poco después por la Justicia Electoral bonaerense (*impacto político nacionalizador*). Ante la amenaza de Cafiero de impugnar la candidatura de Iglesias, el peronismo nacional, en la figura de Miguel, lo presionó para que aceptara la decisión del PJB (Gutiérrez: 2000). Era el instante donde el poder institucional de Miguel alcanzaba su apogeo pues acababa de reemplazar a Bittel en la vicepresidencia (o presidencia real) del PJ (la presidencia correspondía a Isabel Perón quien estaba fuera del país). El primer conflicto por la candidatura a gobernador entre Cafiero e Iglesias se resolvió entonces a favor del segundo merced a la intervención de las 62 Organizaciones --plano nacional-- y de su partido en la provincia de Buenos Aires.

Ese año vio el triunfo de Alfonsín a la presidencia de la república. Un acierto de su campaña fue haber colocado el dilema autoritarismo/democracia en el centro de la problemática política argentina. Este antagonismo advertido por el candidato radical se encontraba, del lado autoritario, fundado en una alianza histórica de naturaleza corporativa: el pacto militar-sindical. Sin duda, el diseño Luder-Bittel pergeñado por la coalición que simbolizaban Miguel e Iglesias carecía del atractivo suficiente para el electorado tradicionalmente no peronista. En ese marco, el encono hacia la dirigencia gremial no era ninguna novedad en esta franja social. De ahí que la denuncia del pacto militar-sindical logró calar hondo en tanto resultaba especialmente verosímil. No obstante, la quema, por parte de H. Iglesias, del féretro en el acto de cierre de campaña en alusión al fracaso de su oponente y al futuro triunfo del peronismo, resultó letal a las chances peronistas de alcanzar la presidencia. Los años de violencia pasados se hallaban tan frescos en la memoria de los argentinos que, como la prensa al unísono declaró, el episodio se reveló crucial en la derrota peronista. Si hacia adentro del peronismo el revés se topaba con varios responsables, para la ciudadanía el acto de Iglesias traía a su memoria la violencia pasada, es decir lo peor que el peronismo tenía para ofrecer a la naciente democracia. Sin embargo, el traspie en las presidenciales, que recaía sobre el máximo dirigente de la provincia de Buenos Aires, a poco de andar halló su contracara: la renovación alcanzó en ese distrito el más destacado de sus impulsores.

La coalición del descalabro encabezada por Miguel e Iglesias encerraba disputas entre ambos dirigentes pero también reforzaba el poder de cada uno frente a posibles contrincantes.⁶ Entre éstos el más importante era el espíritu renovador que movilizaba a

⁶ Ambos “se disputaban el control del peronismo tanto en el ámbito partidario como en el parlamentario. Las diferencias y el enfrentamiento por el liderazgo partidario entre Iglesias y el líder de las 62 Organizaciones, Lorenzo Miguel, ya se habían expresado durante la campaña electoral de 1983: desde entonces, Iglesias recelaba el avance sindical en la estructura partidaria y en las candidaturas generales y Miguel veía en Iglesias a un dirigente político -pese a que Iglesias contaba también con antecedentes sindicales- que tenía el doble defecto de querer desplazar a los sindicalistas del partido y de desincentivar el apoyo electoral de quienes no eran peronistas. Sin embargo, las relaciones entre Iglesias y Miguel no escaparon a la regla de necesidad mutua que regía aún el intercambio entre dirigentes políticos y

varios dirigentes, sobre todo del justicialismo bonaerense. Allí, en septiembre de 1984, un centenar de representantes peronistas de diversos distritos electorales lanzaron el movimiento renovador dentro del justicialismo bonaerense. Tres meses después, en diciembre de 1984, se constituyó el Frente Renovador Peronista, primera organización de los renovadores, en vistas a disputar la conducción partidaria en el Congreso Nacional Justicialista. El MUSO de Cafiero ocupaba un lugar clave en el Frente donde no faltaban otros bonaerenses enfrentados a Iglesias.⁷ Anticipando cuál sería su comportamiento político posterior, Carlos Menem adhirió sin participar personalmente.

Cuando el Congreso partidario se reunió (15/12/84) en el teatro porteño Odeón, una nítida división quedó trazada entre la continuidad y el cambio. La decisión de retirarse de los rebeldes –representantes del cambio- dio paso a la formación de un Consejo nacional partidario cuya cúspide detentaba la coalición de las 62 Organizaciones con el PJB. En ese esquema ortodoxo, Iglesias obtuvo la nominación de secretario general. Por su parte, los rebeldes reunidos en Río Hondo (2/2/85) nombraron un consejo; el cual, al igual que el resultante de la convocatoria del teatro Odeón, también fue legitimado por la justicia. El malogrado congreso convocado en Santa Rosa (6/7/85) con el objetivo de intentar la unidad mostró nuevamente los artificios del oficialismo peronista a favor de Iglesias. El bonaerense logró ser nombrado secretario general del novel Consejo. El órgano de conducción partidaria volvió a reflejar la vieja alianza con Miguel (a la cual se suma Saadi). El enfrentamiento entre oficialistas y rebeldes se instaló entonces de manera clara dentro del peronismo bonaerense en las figuras que representaban la ortodoxia, liderada por Iglesias, y la renovación, comandada por Cafiero.

El segundo conflicto entre Cafiero e Iglesias quedó reflejado a propósito de las elecciones legislativas de noviembre de 1985. Ante la insistencia del primero en desafiar a Iglesias la conducción del PJB, éste desplegó tres maniobras. La primera, conseguir la intervención del PJB por parte del Consejo Nacional. La segunda, controlar la Junta Electoral partidaria bonaerense obligándola a impugnar las listas cafieristas en la competencia interna para la elección general de noviembre de 1985, con lo cual quedaba suspendida la confrontación. La tercera, negociar con V. Saadi una lista de unidad por el PJB. Ante la encerrona que el conjunto de artimañas entrañaron para el cafierismo, el jefe renovador optó por competir en la elección general con su propia fuerza política el Frente de Renovación para la Justicia, la Democracia y la Participación (FREJUDEPA), del cual formaron parte los demócratas cristianos. La sigla elegida incluía las iniciales de Juan (Justicia) Domingo (Democracia) Perón (Participación). Era un recurso para afirmar la identidad peronista del Frente.

Se trataba de la primera escisión temporaria del PJB en vistas a salir airoso de la jugada herminista.⁸ La decisión de Cafiero de concurrir por fuera del justicialismo se

sindicalistas en el peronismo ortodoxo: los políticos necesitaban de los recursos materiales y de movilización que proveían los sindicalistas y éstos no podían prescindir de los políticos para la conformación de las listas de candidatos. Después de la derrota, esa necesidad mutua se vio reforzada por el resurgimiento de los adversarios internos, esto es, los ultraverticalistas del Comando Superior y, en mayor medida, los renovadores.” Gutiérrez (2000: p 88).

⁷ En el Frente Renovador confluyeron el MUSO de Antonio Cafiero, la agrupación Convocatoria Peronista, liderada por Carlos Grosso y José Manuel De la Sota, el Frente de Unidad Peronista, dirigido por Eduardo Vaca, y dos antiguos adversarios sindicales: el Grupo de los 25, liderado por Roberto García, José Rodríguez y Roberto Digón, y Gestión y Trabajo, liderado por Jorge Triaca. Entre los integrantes del Frente Renovador se hallaban el dirigente roblealista Roberto Grabois, el diputado Julio Bárbaro y dirigentes bonaerenses enfrentados con Herminio Iglesias.

⁸ Entre sus integrantes se hallaban Raúl Álvarez Echagüe, Guillermo Ball Lima, Eduardo Duhalde, Luis Macaya, Manuel Torres y Miguel Unamuno.

debió al bloqueo que le impuso Iglesias en alianza con el peronismo oficial nacional. La lista a diputados nacionales por la provincia de Buenos Aires expresó los dos peronismos: uno con Cafiero a la cabeza ⁹ y el otro con Herminio Iglesias a su frente.¹⁰ Éste último se expresaba en la lista del FRJULI. La decisión de Cafiero fue replicada de manera inmediata por la conducción del PJB que lo expulsó de las filas peronistas junto a otros renovadores bonaerenses, entre los que se contaba Duhalde. Las tretas de Iglesias no tuvieron en verdad el éxito esperado. Pues la competencia de otra lista peronista no era el objetivo buscado por la serie de artificios llevados a cabo. Sino, por el contrario, el caudillo bonaerense pretendía, y creía posible, el alineamiento de los rebeldes bajo su comando. Por lo tanto, la presencia de otra lista justicialista revelaba el fracaso de Iglesias para conducir el peronismo bonaerense unido. En ese marco se comprende que las 62 Organizaciones (aún fuertes en la cúpula del PJ nacional) no se pronunciaron con claridad, según Gutiérrez (2000), en el enfrentamiento protagonizado por Cafiero e Iglesias.

El olfato de las 62 Organizaciones permanecía intacto. La puja entre Cafiero e Iglesias encontró su primer punto de inflexión a favor de Cafiero en esas elecciones generales de noviembre de 1985. Aunque el radicalismo venció a nivel provincial, la performance del FREJUDEPA fue superior a la del FREJULI. La disputa entre ambos dirigentes comenzaba a saldarse a favor de Cafiero. Cuando los mecanismos internos del justicialismo relegaron a Cafiero, la ciudadanía de Buenos Aires le otorgó los votos necesarios para inclinar la balanza a su favor.¹¹ El triunfo de la UCR (alrededor del 41 %) no logró opacar el resultado del FREJUDEPA. Con Antonio Cafiero a la cabeza el Frente obtuvo el segundo lugar (26,35%). Atrás quedaba el FREJULI con eje en el PJB y con Herminio a la cabeza (9,59%).

El contundente triunfo de Cafiero frente a Iglesias parecía traer a un primer plano el recuerdo del “féretro de Herminio” todavía presente en el electorado bonaerense. Su pésima imagen resultó un factor más decisivo de su pobre performance que su manejo de la máquina electoral provincial. El dominio del PJB no alcanzaba para ganar una elección general. Por lo tanto, los resultados provinciales produjeron un reacomodamiento a nivel de la cúpula del PJ. La desgracia cayó sobre Iglesias: al mes de la derrota el Consejo Nacional lo destituyó como secretario general y declaró terminada la labor de la junta interventora provincial. Su poder institucional desaparecía a nivel nacional (*impacto político provincializador*).

Cafiero con el triunfo obtenido en la de hecho “competencia interna abierta bonaerense” se disponía a dar una batalla estratégica: la renovación del peronismo nacional. Favorecido por los resultados electorales, el peronismo rebelde –con importante poder en Buenos Aires– impactaría en el peronismo nacional. Las cifras encontraron su correlato en la conformación de sus nuevas autoridades. Junto a Grosso y a Menem, Cafiero pasó a ocupar la conducción formal de esa corriente. Quedaba ahora a Cafiero disputar la presidencia del PJB y la gobernación de la provincia. Sin embargo, cerraba un frente al tiempo que abría otro. Pues al mismo tiempo que una pugna finalizaba, otra nacía a nivel nacional: la competencia con Menem por la

⁹ La lista la conformaron José Rodríguez, Carlos Auyero, Manuel Torres, Osvaldo Borda, Jesús Blanco, Luis Macaya, Alberto Lestelle, Alberto Pierri, Luis Biancioto, Primo Constantini, Vicente Cambareri, Carlos Raúl Álvarez, Otelo Zamponi y José Luis Castillo. Pertenecían a la Democracia Cristiana Auyero y Zamponi y al Partido Renovador, Cambareri

¹⁰ Secundado por Jorge Triaca, Hugo Curto y Rodolfo Ponce.

¹¹ Esta provincia, junto con la Capital Federal y La Rioja (donde la UCR perdió), fueron los distritos donde la renovación obtuvo sus mejores resultados.

conducción partidaria y por la pre -candidatura presidencial para el próximo turno electoral de 1989. Veamos.

La disputa interna encabezada por Iglesias y por Cafiero que se desarrolló entre 1983 y 1985 permitió la penetración de Menem en la comarca bonaerense. El enfrentamiento entre Menem y Cafiero encontraba en la provincia de Buenos Aires y en el PJB el primer escalón. Menem intervino en la batalla bonaerense sacando ventaja de su colocación renovadora y de los restos del herminismo en la provincia. Su agrupación, Federalismo y Liberación, acordó con dirigentes ortodoxos provinciales la conformación de las listas de esa tendencia para competir con el cafierismo en las elecciones internas del distrito para noviembre de 1986. Los preparativos de Cafiero para lograr la presidencia del PJB encontraban un nuevo adversario para sus aspiraciones de más largo plazo. Sin duda ésa era la perspectiva de Menem, y por eso no interfirió en los planes de Cafiero como candidato a la gobernación. Sin embargo, Menem estaba dispuesto a medir fuerzas en territorio cafierista, donde lo hizo en dos oportunidades. La primera vez fue a raíz de las elecciones internas (16/11/86) para la elección de las nuevas autoridades distritales y congresales nacionales donde votaron el 40% de los afiliados. Los resultados fueron el 27% (Federalismo y Liberación) contra el 64% (Frente Renovador Peronista) de Cafiero. Por tratarse de un dirigente tan alejado de la provincia de Buenos Aires cifras dieron a Menem, sin duda, una pista sobre sus buenas chances en territorio bonaerense.

El nuevo mapa del PJB encontraba a Herminio Iglesias definitivamente marginado de los ámbitos de decisión nacional y provincial, a Menem habiendo tentado suerte –con relativo éxito- en la provincia y a Cafiero como su presidente. En este panorama se acercaban las elecciones generales de 1987 para las cuales el justicialismo provincial convocó a la competencia partidaria para la selección de los candidatos a legisladores provinciales e intendentes. Por segunda vez, Menem disputaba en territorio cafierista. El 26 de abril de 1987 se llevó a cabo la elección interna donde el cafierismo volvió a ganar; esta vez por una distancia mayor (con el 75% de los votos).¹² El PJB proclamó la fórmula Antonio Cafiero-Luis Macaya para la gobernación provincial.

Cuando el PJ se impuso en las elecciones nacionales de septiembre de 1987 (41,5 % contra el 37,3 % de la UCR), la estrella de la noche fue la victoria de Antonio Cafiero en la provincia (con 2.800.000 votos contra 2.370.000 obtuvo la UCR). El proceso de renovación llevado adelante a nivel nacional (que tuvo en la provincia de Buenos Aires la figura del más encumbrado promotor, Antonio Cafiero, y uno de sus más tenaces opositores, Herminio Iglesias) alcanzaba su cenit en el resultado provincial. El PJB había resistido en la figura de quien fuera su máximo dirigente, Iglesias, la renovación. Pero la decisión ciudadana, manifestada en el voto, confería a Cafiero aquello que su partido originalmente le había negado.

Pese a la derrota en la competencia interna, Federalismo y Liberación continuó su actividad política provincial: “sentó sus sólidas bases en algunos municipios importantes y dejó un sistema de alianzas que resultarían muy efectivas en años posteriores”.¹³ Entre esas alianzas una muy estrecha fue anudada con Duhalde,¹⁴ comenzando entonces a tomar relevancia otra figura en la confrontación en territorio bonaerense. Si Miguel –con todas sus vacilaciones- había resultado decisivo para sostener el poder de Iglesias en la provincia, Menem lo fue para el encumbramiento de Duhalde. El riojano estrechó lazos con el sector ortodoxo de su partido para armar una maquinaria electoral capaz de permitirle ganar la competencia interna por la candidatura

¹² El Frente Renovador obtuvo 230.000 votos frente a Federalismo y Liberación que logró 41.000 votos.

¹³ Arias (2004: 500).

¹⁴ McAdam (1996).

presidencial.¹⁵ En ese camino tejió lazos con un sector del peronismo bonaerense para lograr el premio mayor. Indudablemente, la figura de Duhalde facilitó la incursión exitosa de Menem en el distrito bonaerense. En el transcurso de esos acontecimientos Duhalde se convirtió en el centro de la red provincial de apoyo al riojano.

Arrojarlo a Duhalde en brazos de Menem devino un efecto no deseado del modo en que se comportó Antonio Cafiero con el renovador bonaerense. Dos ocasiones bastaron a Duhalde para comprender que Cafiero jamás permitiría su crecimiento en la provincia. Primero, cuando lo ignoró como su compañero de fórmula a la gobernación de la provincia y segundo cuando lo desplazó al segundo lugar en la lista de diputados nacionales, puesto que le ofreció a Luder. Duhalde consideró este segundo acto un gesto desleal hacia su persona (pues se enteró por los diarios) y corrió a unirse a las filas menemistas. Duhalde había participado en la creación de la Renovación, por lo tanto su inclusión en la fórmula presidencial le impidió a Cafiero acusar a Menem de estar demasiado vinculado a la aún vigorosa facción ortodoxa.¹⁶ Más allá de las interpretaciones que puedan hacerse sobre ambos episodios, la inferencia que extrajo Duhalde fue la misma. La conclusión lo llevó a arrojarse a los brazos del riojano, quien sin duda lo necesitaría. Contar con un dirigente bonaerense renovador en sus filas devendría crucial para disputar en territorio bonaerense la próxima competencia interna por la selección del candidato presidencial. Si el peronismo bonaerense resultaba decisivo para lograr la postulación a la candidatura presidencial por esa misma razón se convertiría en terreno de enfrentamiento entre distintas facciones del peronismo nacional.

Todo indicaba que la presidencia del PJ a nivel nacional correspondía a Cafiero. Por lo tanto Menem aceptó su segundo lugar, como vicepresidente del peronismo. Sin embargo puso como condición dejar la puerta abierta a sus posibilidades de competir por la pre candidatura presidencial. Al inicio del año 1988, cuando estos acuerdos se plasmaron, la provincia de Buenos Aires figuró en las dos fórmulas presidenciales. Una fórmula la encabezaba Antonio Cafiero (José M. De la Sota era su vice) y la otra la secundaba Eduardo Duhalde (Carlos Menem, era el pre candidato presidencial). Si Cafiero obtuvo el apoyo de Ubaldini, los viejos aliados de Herminio, Lorenzo Miguel y Jorge Triaca, estuvieron del lado de Menem. Cuando la competencia interna enfrentó a Cafiero con Menem, aquél salió vencido en su propio distrito.¹⁷

La incursión de Menem en territorio bonaerense se vio favorecida en parte por el viejo aparato herminista y en parte por la falta de coherencia partidaria que caracterizó a la renovación peronista. Como ha señalado Arias (2004), el “pensamiento renovador” nunca constituyó un cuerpo doctrinario coherente. Esta ausencia dejó el campo abierto para que Menem disputase con Cafiero por la hegemonía del justicialismo al tiempo que cada uno encarnaba, en 1988, una imagen diferente sobre lo que debía ser el peronismo.¹⁸ Por otra parte, tanto Menem como Cafiero “parecieron olvidar los deseos de renovar la doctrina para dar paso a una lucha sin cuartel en la que, si bien se debatieron ideas, se privilegiaron las ambiciones personales de ambos contendientes”. Una historia que habrá de repetirse en el 2005 entre Kirchner por un lado y Duhalde por otro.

¹⁵ Arias (2004).

¹⁶ Mc Adam (1996)

¹⁷ A nivel nacional, Menem logra el 53,4% y Cafiero 45,8%. El peronismo ortodoxo provincial fundó en 1985 la línea interna Federalismo y Liberación. Para 1990 tenía entre sus figuras más visibles a César Arias, Luis Barrionuevo, Juan Carlos Russelot, los hermanos Samid, entre otros.

¹⁸ Sobre las diferencias, ver Arias (2004: p 496-497).

Por qué Menem ganó a Cafiero en la provincia de Buenos Aires no se encuentra separado de los motivos por los cuales triunfó en el resto del país. Fue la emergencia de un líder personalista carismático con quien los sectores populares de la provincia y las bases peronistas se sintieron identificados. La principal máquina electoral del peronismo, esta vez controlada por Cafiero, era derrotada en la provincia de Buenos Aires en una elección interna, que es en principio donde posee mayor capacidad de sumar votos.

III.- DUHALDE: LA INTERSECCIÓN DE LA POLÍTICA NACIONAL Y BONAERENSE (1989-2003)

La historia del acercamiento, al comienzo de la democracia, y su disputa posterior con Menem explican, en parte, el lugar de Duhalde como caudillo del peronismo bonaerense a partir de la década del '90. Su alineación con Menem marcó el principio de un camino político de acumulación sostenida de poder.¹⁹ Conquistó su dominio territorial cuando accedió a la gobernación. Veamos ese proceso.

Las medidas implementadas por Menem al inaugurar su mandato llevaron a Cafiero a tomar distancia del gobierno nacional.²⁰ El gobernador argumentaba la necesidad de regresar a la doctrina de Perón, culpando a Menem de la desaparición del partido justicialista y de una administración poco democrática, dando como ejemplos la “designación de una Corte Suprema complaciente” y el exceso de decretos de necesidad y urgencia. La rivalidad entre el gobernador y el presidente continuó acrecentando el dominio de Duhalde. La alta valoración política del vicepresidente hacia Menem fue expresada desde la época de la campaña en la elección interna contra Cafiero, en 1988; en ella Duhalde lo consideraba el auténtico sucesor de Perón. Duhalde, haciéndose cargo de la tradición peronista, donde el rol del conductor resulta clave, señalaba que el “movimiento” precisaba de un líder. Obviamente, a sus ojos, ése era Menem.²¹

Si bien el dirigente bonaerense obtuvo una presencia significativa en los medios a partir de ser el compañero de fórmula de Menem, y sobre todo luego del triunfo en la interna peronista, ya desde antes Duhalde llevó adelante apariciones mediáticas que le permitieron hacerse conocer a la ciudadanía.²² Donde siempre se presentó como un hombre común, sin hacer gala de dotes intelectuales o políticas.²³ Muy tempranamente, entonces, Duhalde comprendió el nuevo rol que cumplían los medios en la construcción del “candidato”. De ahí que en la primera etapa juntó su lugar de jefe del peronismo bonaerense con su formación como futuro candidato.

Sin embargo, pese a sus declaraciones de admiración hacia Menem, una vez que ambos ocuparon el Ejecutivo en diciembre de 1989, la relación que mantuvo con él, se planteó, por lo menos, de manera sinuosa. Haber participado de la fórmula presidencial le confirió una notable ventaja. La vicepresidencia además de responder a una necesidad del riojano de pisar más fuerte en una provincia importante, donde necesitaba un caudillo leal, igualmente se leyó como la recompensa recibida a cambio del apoyo en la competencia interna contra Cafiero. De ahí que el cambio de cúpula en el PJ de Buenos Aires de las manos de Cafiero a las de Duhalde también se vinculó a la imbricación de

¹⁹ Desde 1983, su carrera recorre diversas etapas: 1) intendente de Lomas de Zamora, vicepresidente de la Nación y gobernador de la provincia; 2) candidato presidencial y presidente provisional, 3) jefe del peronismo bonaerense bajo la presidencia de Kirchner (en un intento de regionalización de su figura con la misión MERCOSUR).

²⁰ Mc Adam (1996) plantea que las medidas neoliberales de Menem resultaba execrables para Cafiero, quien estaba imbuido de las tradicionales políticas nacionalistas, estatistas y populistas del peronismo. En marzo de 1990, Cafiero comenzó a adoptar una posición más crítica con respecto a las designaciones y políticas de Menem, denunciando la presencia de conservadores de libre mercado en el gobierno y refiriéndose en su discurso a la necesidad de retornar a las fuentes doctrinarias del justicialismo.

²¹ *El Periodista*, 14/4/1988 y entrevista a Duhalde en *Siete Días*, 23/6/88; fuente provista por Laura Masson.

²² Esto me lo hizo notar Laura Masson al mostrarme su relevamiento de las apariciones mediáticas de Duhalde.

²³ Sus valores religiosos han sido notablemente predominantes, dando marco no sólo a su pensamiento sino también a la organización política provincial. El rescate del trabajo, de la familia tradicional y de la raíz cristiana y humanista del peronismo reflejan su íntima vinculación con la iglesia católica y la estrecha relación entre su pensamiento político y religioso. En este sentido, lo mismo se podría atribuir a Cafiero.

la política provincial y la nacional y a la mutua influencia entre ambas. Ese pasaje no por breve resultó menos caótico. Ese caos, junto a los vaivenes producidos por los circunstanciales períodos de calma y turbulencia económica que atravesó Menem en sus dos primeros años al frente del gobierno nacional (hasta la llegada de Cavallo y la convertibilidad), fue hábilmente utilizados por el bonaerense para la construcción de su poder personal. La convergencia de una particular situación nacional con otra provincial le otorgó la ocasión para llevar adelante, desde temprano, un proyecto político autónomo de Menem. Supo aprovechar, combinando a su favor, los vaivenes de la política nacional con el debilitamiento del cafierismo a nivel provincial.

La economía atravesaba un viento favorable de la mano de Erman González, en agosto de 1990. Las encuestas de opinión mostraban a un Menem bendecido por el 60% de opinión pública favorable a su gestión.²⁴ Al frente del Senado de la Nación, el vicepresidente Duhalde estrechaba relaciones con Alberto Pierri (ex cafierista), presidente de la Cámara de Diputados de la Nación y paralelamente reforzaba sus vínculos con el cafierismo. Este verano político de Menem terminó al comienzo de 1991 cuando una nueva espiral inflacionaria conmovió al país. Junto con el desbarranque de la economía emergieron las primeras denuncias por corrupción.²⁵ Es aquí cuando Cavallo, con su plan de convertibilidad, puso un freno a la inflación en abril de 1991. El zigzag protraído por este breve lapso de auge, caída y auge de Menem repercutió en la provincia de Buenos Aires y Duhalde se posiciona de una manera ambigua que habrá de favorecerlo.

Cafiero había entrado en desgracia. La derrota en su propio territorio en 1988 en la competencia contra Menem –siendo gobernador de la provincia- resultó letal para las aspiraciones de continuar su ascendente carrera política. Al fracaso en la disputa interna se suma –dos años después- los resultados del plebiscito, en agosto de 1990, convocado para reformar la constitución provincial (y obtener así su reelección).²⁶ El triunfo del “no a la reforma”, al colocar un obstáculo insalvable a su reelección, dio la oportunidad a los menemistas provinciales, duhaldistas, riquistas y conservadores de ocupar el espacio que comenzaba a dejar libre el cafierismo. Los ultramenemistas, *rojo punzó*, clamaban por restarle poder al gobernador, quien fue apartado de la conducción nacional del partido en agosto de 1990. El debilitamiento de Cafiero y su grupo por el veredicto de las urnas --que significó el plebiscito--, sumado a la sed de poder de los menemistas provinciales, ofreció la ocasión a Duhalde de continuar mejorando su situación política. Junto a Menem, aunque de manera un tanto encubierta, no apoyó la reforma, pero al mismo tiempo evitó quedar identificado con los menemistas ortodoxos que vociferaban contra ella. Por otra parte, las buenas nuevas del año 90 a nivel nacional le cedieron un mejor lugar en la provincia. La disputa entre ambos bandos se convirtió en la oportunidad de aliarse con el cafierismo (algunos de cuyos dirigentes tampoco querían, luego de la derrota, quedar tan distanciados del presidente) y alzarse con la presidencia del PJB, de cuya conducción quedó excluido el ultramenemismo.

Cuando comenzó 1991 dos razones llevaron a Menem a pensar en Duhalde como candidato a gobernador por el justicialismo provincial. Su nominación vuelve a mostrar el *impacto político nacionalizador*. Por un lado al enturbiarse el panorama económico, Menem temió una salida anticipada del ejecutivo; en ese caso la sucesión

²⁴ Luchessi (sin fecha, p 6).

²⁵ Los episodios conocidos popularmente como “los guardapolvos de Bauzá”, “la leche de Vico”, “los bonos de Cardozo”.

²⁶ La coalición de radicales y peronistas renovadores bonaerenses promotores de la reforma perdieron de manera ostensible logrando el 30% de los votos. Sobre un total de 5,9 millones de votantes, rechazaron la reforma 3,8 millones, Luchessi (sin fecha).

habría de recaer en su vicepresidente.²⁷ Parece que el posible reemplazo no era evaluado conveniente para Menem. Por otro, él necesitaba un candidato a la gobernación de Buenos Aires capaz de hacer una buena elección. Fue en ese contexto que le ofreció a Duhalde la candidatura a gobernador para las elecciones de septiembre de 1991, intentando alejar los dos posibles fantasmas: crisis presidencial y, en caso que ésta no ocurriera, derrota bonaerense.²⁸ El vicepresidente demoró seis meses en responder al convite, el tiempo necesario para evaluar las oportunidades y los obstáculos que la gobernación podía significar en su ascendente carrera.²⁹ El tiempo (una dimensión que Duhalde siempre supo manejar) que le llevó tomar la decisión jugó a su favor. Impidió la instalación de otro candidato favoreciendo, a su vez, el cumplimiento de las condiciones que habría de poner. Entre ellas, la más importante, implicó una redefinición de la relación financiera entre la nación y la provincia de Buenos Aires. A lo cual obviamente accedió el nuevo ministro, que veía por esos días estabilizarse la economía. Este éxito al tiempo que ahuyentaba el fantasma de cualquier salida anticipada de Menem al frente del ejecutivo, incrementaba las posibilidades de Duhalde de lograr la gobernación. Duhalde era el oficialismo a nivel provincial, es decir, la “continuidad” de Menem pero no necesariamente de Cafiero. Esto debía quedar claro.

Por lo tanto la estrategia discursiva de Duhalde durante la campaña tuvo dos ejes: evitar descalificar al gobierno de Cafiero de manera directa y advertir sobre la injusta distribución de los recursos federales en la provincia, es decir, criticarlo indirectamente. Sus negociaciones con Menem y con Cavallo le permitieron garantizar a los bonaerenses que si él resultaba electo gobernador recibiría los recursos necesarios para salir de la crisis provincial. Un tiro por elevación iba dirigido a la administración saliente. En consonancia con el discurso del titular de economía, Duhalde –en su lenguaje llano- remitía finalmente a la implantación de una administración eficiente. Para ello evitaría el “amiguismo” en el estado provincial. En él, los allegados al gobernador no ocuparían el lugar que corresponde a los que saben, es decir a los técnicos. El discurso en consonancia con –y junto a- la situación económica nacional resultó una combinación eficaz para llevar a Duhalde a la gobernación. En resumen, cuando gana la gobernación ya había construido un poder relativamente importante en el PJ provincial.³⁰ Para lograrlo se posicionó entre el cafierismo y el menemismo ortodoxo, utilizó a su favor tanto los momentos prósperos como los descensos que atravesó el gobierno nacional y supo hacerse un lugar en los medios. Fue en todo este proceso, que va desde 1990 hasta 1992, que Duhalde consolidó su figura en los medios. Acceder a la gobernación terminó de instalarlo definitivamente.

En el discurso de asunción con tono y lenguaje propios de los jefes justicialistas tradicionales afirmaba: “Quiero, entonces, expresar que llevaré para siempre en *mi corazón* la gratitud hacia el *pueblo argentino* por *el cariño y la confianza* que me ha deparado y hacia mis co-provincianos por *la fe y la esperanza* que en mí han depositado.” (Énfasis mío)³¹ El discurso hallaba antecedentes en declaraciones

²⁷ Sidicaro (2002, pp. 173) refiere al clima de salida anticipada. Luchessi refiere a los rumores de los allegados a Duhalde en ese sentido.

²⁸ En julio de 1991, en la elección interna del peronismo para definir al candidato a gobernador por la provincia de Buenos Aires, el vicepresidente Eduardo Duhalde se impuso por un amplio margen frente al intendente de la municipalidad de San Martín, Carlos Brown. En la campaña contra Carlos Brown, Duhalde criticó la conducción de Cafiero y esto dio lugar a un distanciamiento notable entre ellos.

²⁹ Los diarios de la época muestran la indecisión de Duhalde.

³⁰ El 8 de septiembre de 1991, Duhalde triunfó frente al candidato radical Juan Carlos Pugliese.

³¹ Citado en Luchessi (sin fecha: p 29).

realizadas por Duhalde desde 1988: al estado provincial ineficaz y sobredimensionado producto del asalto clientelar (de los gobiernos anteriores) opondría una “auténtica moral del poder”; un sistema educativo abandonado (por lo cual había colapsado) cedería paso a la defensa de la escuela pública; la lucha contra el sida, la droga y el desempleo tendrían como meta la recuperación de la familia (contra la cual atentaban estos flagelos); la máquina del delito sería desmontada para dar paso a la seguridad pública. Un discurso de tinte fundacional iba en línea con el de Perón en 1946 y con el Menem en 1989. El flamante gobernador se disponía a re-fundar la provincia.

La primera fisura pública entre el presidente y el gobernador comenzaron hacia 1993/1994, años de las reformas constitucionales, nacional y provincial.³² La cuña visible y también la excusa la constituyeron la economía y la cuestión social; la estabilidad, en la visión de Duhalde, debía ir acompañada de la realización de la justicia social. Algo nuevo había sucedido en el jefe bonaerense. A medida que Duhalde afirmaba su polo de poder territorial e institucional se distanciaba y diferenciaba de Menem. En tanto el presidente enfrentaba otras tensiones, sobre todo las provenientes del personal político reunido en torno a los gobernadores. Duhalde claramente sacaba partido de los cuestionamientos para utilizarlos en su propio provecho. Los recursos provenientes del “Fondo de Reparación Histórico del Conurbano Bonaerense” facilitaron numerosas políticas públicas y sociales que proporcionaron la imagen, fomentada por la propaganda del estado provincial, de un gran hacedor. Debía evitar que otro peronista, incluido Menem, anclase fuerzas en el territorio bonaerense. Había vivido la forma en que Menem se apropió de parte del poder provincial de Cafiero y no iba a permitir que a él le sucediese igual.

Llegado el tiempo de las elecciones legislativas nacionales de 1993, la masa de votos peronistas de la provincia de Buenos Aires ayudó al triunfo del peronismo a nivel nacional, con lo cual resultó, sin duda, un plebiscito favorable a la gestión de Menem. Pero la posibilidad de la reelección presidencial, en 1995, necesitaba -además de la habilitación constitucional- de los votos. En consecuencia, la permanencia de Menem al frente del ejecutivo había quedado estrechamente ligada a la voluntad de Duhalde. El gobernador peronista comenzaba a poner límites al poder presidencial. Sin embargo, los éxitos del presidente al frente de la Casa Rosada permiten afirmar que tanto para las legislativas de 1993 como las presidenciales y a gobernador de 1995 se observa una situación de *impacto político cooperativo* entre ambos planos.

Si en 1993 un Pacto que hizo tanto ruido sellaba el acuerdo Menem/Alfonsín que permitió al primero ser reelecto, otro más silencioso encarnado en Menem/Duhalde aseguraba en las urnas esa reelección. El broche de oro sería la sucesión presidencial. Tempranamente Duhalde llevó adelante este acuerdo con Menem. “Barajaba desde un principio la posibilidad de saltar desde la provincia a la presidencia. Subordinó por ello la aceptación de la candidatura en 1991 a que se le concediera el manejo de un fondo para atender las demandas sociales del Gran Buenos Aires, y condicionó luego el apoyo a la Reforma de la Constitución y la inclusión de la reelección presidencial al compromiso de Menem de no obstruir su proclamación para la primera magistratura en 1999”.³³ Duhalde arriesgaba a convertirse en el veto al jefe del PJ que era Carlos Menem.

Por eso, el año del acuerdo y el esplendor, 1993, resultó ser también el de las demandas que anunciaban conflictos. El gobernador aprovechó a su favor los ruidos ocasionados por las quejas de sectores del peronismo, sobre todo los gobernadores y

³² Palermo y Novaro (1996) explican las negociaciones que mantuvieron Menem y Duhalde a propósito de ambas constituyentes.

³³ Palermo y Novaro (1996: p 437).

legisladores en torno a la necesidad de emprender la etapa social del gobierno. Duhalde congregó en torno a su figura aquellos peronistas disconformes con la política oficial. Si la estrella de Menem como jefe del PJ imperceptiblemente comenzaba a debilitarse (Palermo y Novaro: 1996), la oportunidad de Duhalde saltaba a la vista.

Si bien el gobernador adoptó con el correr del tiempo una actitud de “apoyo crítico” a la gestión menemista, es a partir de 1994 que se lanzó a construir su propio espacio de liderazgo dentro del PJ nacional y asegurarse la sucesión en 1999. Tomar distancia del presidente era una forma de hacerlo: “...la hora de la estabilidad debe dejar paso a la hora del trabajo” expresaba, al tiempo que se auto-definía “peronista biológico, no menemista”.³⁴ Supo aprovechar las distintas ocasiones que se presentaban para reafirmarse como el sucesor y alejar posibles competidores. Así sucedió con el nombre del vicepresidente para las presidenciales de 1995. Duhalde intervino en la elección del candidato a acompañar a Menem en la fórmula. Los nombres A. Pierri, C. Reuteman y R. Gabrielle cumplían la función de obstaculizar la candidatura propuesta por Menem y resistida por el gobernador: Ramón Ortega. El riesgo radicaba en que el tucumano podía convertirse en el delfín y en consecuencia sucesor del presidente. C. Ruckauf emergió entonces como el candidato de unidad que le permitió a Duhalde evitar un potencial competidor para las próximas presidenciales (*impacto político cooperativo*).

Pero antes de la disputa por la sucesión, Duhalde se aseguró su propia reelección al frente del ejecutivo. La Convención Constituyente provincial que reformó la constitución de Buenos Aires dispuso que los votantes de ese distrito se pronunciaran a favor o en contra de la habilitación de la candidatura de Duhalde para la reelección. Así el 2 de octubre de 1994 se llevó a cabo la consulta popular que otorgó un cómodo triunfo al gobernador cuando el 61,5% del electorado lo habilitó para presentarse por un segundo mandato.

La fórmula Duhalde-Romá acompañó finalmente la oferta nacional que expresaban Menem-Ruckauf. El binomio provincial había sido proclamada previamente por el peronismo bonaerense en forma unánime. No hubo competencia interna en tanto no apareció ningún oponente. El máximo acuerdo entre el jefe del peronismo y el caudillo provincial significaba también el inicio de una distancia cada vez mayor y una conflictividad creciente por la sucesión y el liderazgo dentro del PJ. Ello implicó un enfrentamiento del gobernador con los leales a Menem y con su ministro de economía. El año de la elección, 1995, los encontraba unidos en la necesidad. Nuevamente la política nacional penetraba en el distrito bonaerense. Esta vez la suerte de Duhalde se vio jaqueada por una estrella ascendente en el campo de las fuerzas políticas. Duhalde, que hizo la mejor elección como gobernador, tuvo un contrincante en el naciente Frepaso, encarnado en la fórmula Auyero-Vázquez. Los resultados provinciales mostraron que muchos votantes de la provincia eligieron la fórmula Bordón-Alvarez a la presidencia y Duhalde-Romá a la gobernación, respondiendo a la convocatoria hecha por algunos dirigentes de la segunda línea del PJ y, según algunos frepasistas, del propio Bordón. Sin embargo el corte a favor de Duhalde sólo alcanzó el 5% de los votos.³⁵

Si Menem era acechado por los nuevos liderazgos de ex peronistas como Bordón y Alvarez que lo obligaron a compartir su poder de decisión con algunos caudillos del interior y, sobre todo, con Duhalde, éste no se encontraba más tranquilo al respecto. Su temor sobre la amenaza que el naciente Frepaso podía significar no era infundado. De ahí que su distancia con la dupla Menem-Cavallo en torno a la política económica y a la

³⁴ *Página 12*, 2/10/1994 citado en Palermo y Novaro (1996: p 435).

³⁵ Palermo y Novaro (1996: p 457).

necesidad de volver a los principios de la justicia social también se vinculó a la emergencia de la nueva amenaza nacional, el Frepaso. Así el año 1994 presencia distintos actos y palabras del gobernador distanciándose de Menem desde posiciones populistas. Lanza el 17 de octubre un Plan Quinquenal (anunciado en julio) que contenía inversión pública y proyectos de desarrollo para 1995 y en un acto en La Matanza, efectuado en noviembre, refirió de manera hostil a “las teorías economicistas que privilegian al capital financiero, a la renta y no al trabajo” en abierta oposición a la política de Menem-Cavallo.³⁶ Por otra parte, pasado el tiempo electoral, las cifras del desempleo a nivel nacional mostraron de manera cruda la realidad económica. Esto debilitaba al presidente al tiempo que abría las puertas al tema sucesorio. Duhalde creyó entonces que había llegado la hora de proclamar públicamente su candidatura. Dos posibles competidores parecían acecharlo: R. Ortega y D. Cavallo.

Sin embargo, la principal amenaza no se inscribió en el futuro diseño justicialista sino que provino del Frepaso. Así, la carrera ascendente de Duhalde rumbo a la presidencia de la nación sufre el primer traspíe cuando su mujer, Hilda González de Duhalde, pierde las elecciones legislativas en 1997 frente a la Alianza UCR-Frepaso encabezada por Graciela Fernández Meijide. Cuando la nueva coalición, con su candidata encabezando las caravanas capaces de incursionar en pleno corazón del poder duhaldista, enfrentó decida y certeramente al peronismo provincial, éste no supo responder al desafío. La candidata frepasista en un discurso sencillo rompió la imagen de indudable disputa entre Duhalde y Menem acusándolos de conformar un mismo espacio político: el menemduhaldismo. El término responsabilizaba a ambos por el desempleo, la corrupción, la falta de independencia de la justicia y la inseguridad. La esposa del gobernador (y él mismo) no pudo ni criticar ni defender claramente al presidente.

De ahí la decisión que tomaron los Duhalde de provincializar la elección. La táctica les permitía matar dos pájaros de un solo tiro: evitar referir a Menem y descalificar a una *porteña* que incursionaba su territorio, ubicándola en el lugar de una advenediza. Erráticos, sin embargo, cambiaban permanentemente su estrategia de confrontación con la candidata aliancista. Descalificaban a su adversaria llamándola paqueta de Barrio Norte sin lograr que estos motes prendieran lo suficiente en el electorado, tal como lo fueron demostrando las encuestas. Ni la estrategia de revivir la animadversión entre provincianos y porteños ni la de avivar pretendidos enfrentamientos de clase (la candidata aliancista era una señora que no hablaba el lenguaje de los humildes) resultaron exitosas. Fernández Meijide derrotó a Hilda G. De Duhalde con el 48,3% de los votos frente al 41,3% que logró su contrincante. Esos 7 puntos de ventaja no sólo daban cuenta de la derrota del peronismo en su principal bastión (*impacto político nacionalizador*). Además herían gravemente las perspectivas presidenciales de Duhalde como candidato del PJ para 1999. Paradójicamente Duhalde era debilitado por la Alianza entre la UCR y el FREPASO cuyo objetivo, al unirse ambas fuerzas, había sido derrotar a Menem. Ese triunfo y su contracara, la derrota de los Duhalde, le ofrecían a Menem la excusa perfecta para quedar parcialmente liberado de su compromiso con Duhalde en vistas a la sucesión presidencial. Es decir, el triunfo bonaerense de la Alianza fortalecía a Menem frente a Duhalde dándole una oportunidad de buscar otro sucesor.

La derrota de Hilda de Duhalde debilitó al gobernador también ante sus pares, restándole posibilidades de ser un buen candidato para la próxima contienda presidencial. Los otros gobernadores justicialistas, que no veían con buenos ojos los

³⁶ Citado en Palermo y Novaro (1996: p 443).

recursos enviados a la provincia de Buenos Aires desde el gobierno nacional, se encontraban, luego del fracaso duhaldista, con un candidato que venía de sufrir un revés electoral. Menem, en parte aprovechando este tropiezo y en parte convencido que la derrota de un jefe justicialista implicaba un desplazamiento de ese lugar (así entendió siempre ese lugar), desconfiaba de sus chances de ganar en 1999 y, al mismo tiempo, descubrió la ocasión de forzar las instituciones para continuar al frente del ejecutivo. Un tanto prematuramente, y ante la reticencia de Menem a nombrar sucesor, Duhalde lanzó su candidatura para 1999. El se auto-habilitó como heredero peronista del presidente.

De manera abierta, Duhalde y Menem llevaron adelante una confrontación que en el largo plazo debilitó aún más las posibilidades del gobernador de alcanzar la presidencia y que amenazaba con convertirse en la más fuerte, trascendente y sostenida dentro del peronismo desde la llegada de la democracia. Incomparablemente menor que la protagonizada por el peronismo en las décadas del sesenta y setenta, intimidaba por las graves consecuencias institucionales que podía traer aparejadas. El conflicto que el gobernador bonaerense mantiene con el presidente se despliega en dos etapas fundamentales. La primera tiene en el caudillo provincial a su antagonista central, pues abarca todo el período durante el cual Menem tensiona el sistema político en pos de su reelección. En ese proceso será el gobernador bonaerense quien comandará la ofensiva contra la re-reelección de Menem y logrará bloquearlo políticamente dentro del justicialismo. Detrás de la política correrá la decisión jurídica que lo inhabilite. La segunda etapa está constituida por las maniobras de Duhalde intentando contrarrestar las acciones del menemismo para debilitar y condicionar sus chances de ser presidente. De las varias estrategias tendientes a debilitar y/o condicionar la candidatura de Duhalde, la más perjudicial estuvo constituida por el adelantamiento de las elecciones a gobernador en el interior. En el otro extremo, Duhalde soportó un sinnúmero de pequeños movimientos que surtieron un efecto de zapa sobre su fortaleza política.³⁷ Sin embargo, en medio del vendaval, el caudillo bonaerense defendió su bastión político. El peronismo de Buenos Aires no sería arrastrado por la derrota nacional de 1999. Cuando casi todo parecía perdido, los votantes de la provincia ofrendaron mayoritariamente su voto a la fórmula peronista Carlos Ruckauf/ Felipe Solá; con el 48,3% de los votos venció a su contrincante que obtuvo el 41.1%.

Los avatares de la transición iniciada con la destitución de De la Rúa a fines de diciembre de 2001 pusieron en evidencia la fragmentación que atravesaba el peronismo nacional:³⁸ una división facciosa entre el justicialismo del interior y el de Buenos Aires. La coalición de gobernadores del primer bando logró la nominación de Rodríguez Saá contra las aspiraciones de la provincia de Buenos Aires, donde el jefe político del peronismo seguía siendo Duhalde. Las aspiraciones de Rodríguez Saá de permanecer en el cargo más allá de lo acordado (con el apoyo de Menem), al despertar la oposición de los otros aspirantes al sillón de Rivadavia, dieron a Duhalde la oportunidad –dado que era el único dentro del PJ con la fuerza política suficiente– para alzarse con la presidencia provisional. A la fracasada coalición de los gobernadores del interior le sucedió la exitosa coalición de la provincia de Buenos Aires (*impacto político provincializador*). Su jefe, Eduardo Duhalde, debió ser aceptado por los gobernadores del PJ en tanto carecían de otra alternativa. Fue también la ocasión para que el gobernador bonaerense, Carlos Ruckauf, abandonase su puesto –todos los analistas evaluaron que se debía a su mala performance al frente del ejecutivo provincial—siendo reemplazado por Solá.

³⁷ Para un desarrollo de ambas etapas, Ollier (2001).

³⁸ Para un análisis de la transición, ver Ollier (2004).

Las ventajas de Duhalde radicaban en la posesión del mayor dominio territorial e institucional del peronismo. El ex -gobernador poseía una influencia política decisiva en la porción de suelo argentino cuyas repercusiones en la política nacional lo convierten, desde el punto de vista de la gobernabilidad, en un enclave político de alcance nacional: el conurbano bonaerense. Pese a sus atributos, Duhalde comprendió desde el inicio la importancia de calmar las turbulencias para llegar al proceso electoral. Así evitó el aislamiento --apelando a un estilo de gestión consensuado con otros jefes de su partido y algunos de la coalición saliente--³⁹; adelantó el fin de su mandato al verse acechado por el fantasma de otro 21 de diciembre --cuando cayó De la Rúa-- y se auto-excluyó para el siguiente turno electoral.⁴⁰

Nuevamente Duhalde deberá lidiar con Menem. Su alianza en el Congreso de la Nación con la UCR le facilita la tarea. Pues los partidos debían convocar a internas abiertas simultáneas para elegir su candidato presidencial. Como este camino brindaba mayor oportunidad a Menem de lograr la candidatura del justicialismo, Duhalde, merced a su alianza parlamentaria, consigue que la UCR vote la suspensión de las internas abiertas obligatorias y que, por única vez, cada partido recurra al método que considere más conveniente para la selección del candidato. Es en este marco que Kirchner resulta el candidato del oficialismo y del PJB a la presidencia (*impacto político provincializador*). Es interesante observar aquí el cómo el disciplinado PJB ofrece a Kirchner el número suficiente de votos para llegar al ballottage, pues el voto peronista bonaerense también se volcó en apoyo de Menem en segundo lugar y de Rodríguez Saá en tercero.⁴¹

Nuevamente aparece el PJ como movimiento en el imaginario político de la provincia de Buenos Aires. Dentro de él se halla el oficialismo, esto es el candidato del PJB y fuera de él, el otro peronismo, en este caso encarnado por Menem.

³⁹ De ahí las ofertas realizadas a Joge Busti (senador por Entre Ríos) para ser Ministro del Interior, y a Néstor Kirchner para ocupar la jefatura de Gabinete. El rechazo de ambos indicaba que el PJ no se encolumnaba automáticamente detrás de él para enfrentar la crisis. También convocó a algunas figuras del radicalismo (Horacio Jaunarena en el Ministerio de Defensa y Reinaldo Vanossi en el ministerio de Justicia) y del Frepaso (Juan Pablo Cafiero como Vice Jefe de Gabinete) y trató de negociar algunas medidas con el bloque del Frepaso en la Cámara Baja para evitar tanto confrontar como quedar aislado. Sus diputados en el congreso sumados a los de la UCR y algunos frepasistas consiguieron conformar la primera minoría. Los diarios resaltaban que debió negociar más de lo esperado en el armado del gabinete debido a la lucha interna de su partido que por efecto de la oposición.

⁴⁰ Probablemente cumplió un acuerdo previo con los gobernadores "electoralistas".

⁴¹ En las elecciones presidenciales de abril de 2003 en la provincia de Buenos Aires los resultados fueron: Néstor Kirchner, 25,72% (1.811.885 votos), Carlos Menem, 20,42% (1.456.063 votos) y Adolfo Rodríguez Saá , 13,83% (1.086.281 votos). Cifras extraídas de Calvo y Escolar (2005: pgs. 269 y 270).

IV.- LA TENSION BONAERENSE: ENTRE LA COALICIÓN DE GOBIERNO Y LA DISPUTA INTRAPARTIDARIA (mayo 2003- mayo 2005)

Iniciada la gestión de Kirchner, Duhalde mantuvo su jefatura en el PJB, el control sobre el conurbano bonaerense y un alto poder institucional en la cámara de diputados de la Nación. De las cuarenta y seis comisiones que integran el cuerpo, treinta y tres se hallaban comandadas por el justicialismo; de ellas, nueve (defensa, justicia, finanzas, industria, trabajo, familia y minoridad, energía, obras públicas y asuntos municipales) tenían presidencias duhaldistas y otras nueve vicepresidencias del mismo origen. A su vez, al duhaldismo pertenecen el presidente del Parlamento y el presidente del bloque de diputados del justicialismo. Con el nombramiento del duhaldista Díaz Bancalari como jefe del bloque justicialista se rompe una regla no escrita del peronismo parlamentario: si el presidente de la Cámara es bonaerense –como es el caso de Eduardo Caamaño-, el del bloque debe ser un dirigente del interior. El duhaldismo se aseguró así el control político del bloque del PJ y un poder importante en la Cámara Baja. El presidente Kirchner cuenta con 38 diputados y el duhaldismo con 38 en la Cámara Baja. En éste último casos algunos representantes poseen una gran experiencia previa en el cuerpo legislativo (como es el caso de Hilda de Duhalde, G. Caamaño, A. Atanasof y el mismo Diaz Bancalari). Si consideramos que la Cámara Baja tiene 257 diputados (de los cuales el PJ tiene entre 132, la UCR 47 y el resto 78) y el quórum se logra con 172 diputados concluimos que Duhalde cuenta con casi el 29% de los diputados el PJ.

En septiembre de 2003 se llevaron a cabo en la provincia de Buenos Aires las elecciones a gobernador que consagraron a Felipe Solá. Es indudable que los votos que obtuvo el candidato se debían antes que a su gestión al frente del ejecutivo provincial o al poder de Duhalde a la alta ponderación de Kirchner en esa coyuntura (*impacto político nacionalizador*).

Si el enfrentamiento del caudillo bonaerense, a propósito de la sucesión, con Menem luego de la derrota de Hilda González de Duhalde en 1997 devino el eje del conjunto de las confrontaciones en el interior del justicialismo, el primer año de la administración Kirchner mostró solapadamente un nuevo enfrentamiento: el de Duhalde con el flamante presidente. Por segunda vez, el jefe del peronismo bonaerense enfrentaba a un presidente peronista. El eje de la discordia fue el partido justicialista, particularmente las relaciones del presidente con el mismo y el nivel de ingerencia que debía tener el peronismo en la marcha de un gobierno. En este sentido, al igual que Menem, Kirchner prescindió del partido al comienzo.

Más allá de las desinteligencias, en cuatro cuestiones Duhalde se hallaba al lado de Kirchner. En principio, Menem resultaba el adversario de ambos. En segundo lugar, la permanencia del ministro de economía de Duhalde, Roberto Lavagna, expresaba un acuerdo sobre la política económica. El tercer lugar, Duhalde asumió de manera clara el compromiso de mantener la estabilidad presidencial, dada la fragilidad de la política argentina al inicio del nuevo mandato. En cuarto lugar, Kirchner y Duhalde acordaban en sostener al justicialismo unido.⁴² Los desacuerdos que Duhalde sostuvo con Kirchner desde el inicio, giraron, de modo casi excluyente, en torno al peronismo. El primer conflicto remitió a los estilos de conducción del poder. Un segundo conflicto, con epicentro en la provincia de Buenos Aires, estuvo signado por dos acontecimientos. El

⁴² El atavismo de la unidad es central para entender el funcionamiento del peronismo. Sus integrantes saben que en su unidad yace la fuente primaria de su poder; más todavía en una coyuntura de fragmentación partidaria, donde los adversarios, el radicalismo y el frepasismo, tendieron a la explosión de sus fuerzas. De ahí que era impensable una fractura de Kirchner con el PJ –dada la confrontación ocurrida durante el primer año- como suponían algunos analistas y académicos. Para ambos argumentos, ver Ollier y Mustapic (2003).

primer acontecimiento lo constituyó su negativa a la participación de los candidatos del presidente en las listas bonaerenses para las elecciones del 2003.⁴³ La cuestión social configuró el otro acontecimiento que llevó a la confrontación entre ambos. La piedra del escándalo la arrojaron los piqueteros. La querrela se entabló a propósito de los planes sociales y suscitó la primera aparición pública de Duhalde y su mujer contra la política excesivamente “permisiva” de Kirchner hacia el accionar de los piqueteros. Esta demanda de orden sostenida por la pareja Duhalde ocultaba otra discusión ligada a los fondos destinados a la provincia. Los planes sociales forman parte de los recursos que manejan los intendentes del conurbano bonaerense (antiguamente, exclusivos distribuidores de los mismos) y los piqueteros (nuevos distribuidores) se habían convertido en una amenaza.⁴⁴

El tercer conflicto refirió al lugar del PJ en el dispositivo de poder presidencial. Kirchner negaba participación a los dirigentes justicialistas, presionando con la existencia de lo nuevo, la transversalidad. Duhalde, en cambio, creía, como siempre lo había hecho, que el peronismo debía gobernar con su partido. Por lo tanto trataba de evitar conflictos dentro del justicialismo, sobre todo con el presidente. Miremos ahora más puntualmente el papel de Duhalde en relación a los conflictos entre Kirchner y su partido. La primera tensión entre el primer mandatario y el peronismo comenzó con la negativa del primero a aceptar la presidencia del partido. La segunda se vinculó a su actitud de no recibir a los legisladores y a los gobernadores peronistas durante el primer año de gobierno. El tercer conflicto que salió a la luz fue a propósito del anuncio de levantar un museo de la memoria en el predio de la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA) del cual el presidente excluyó a los dirigentes peronistas. Duhalde estuvo a cargo de restañar las heridas que dejó el episodio. El cuarto conflicto tuvo lugar a propósito del Congreso peronista que debía nombrar las autoridades partidarias. La piedra del escándalo estuvo a cargo de las esposas: Cristina Fernández de Kirchner e Hilda González de Duhalde. El presidente terminó desconociendo al congreso –en el cual se maltrató a su esposa- y el partido no logró nombrar sus autoridades. En una palabra, la confrontación en el congreso partidario ubicó a Duhalde junto al partido, constituyéndose tanto el justicialismo como Duhalde en los dos conflictos políticos centrales de Kirchner.

Kirchner inició el segundo año de gestión intentando profundizar la estrategia de enfrentamiento con Duhalde y con su partido. En este marco se explica su diatriba pública contra el peronismo bonaerense, en junio de 2004. Hablando al país por el canal de TV oficial, el presidente expresó con todas las letras que *el estado nacional no iba a financiar el aparato político de la provincia de Buenos Aires*. Semejante ofensiva presidencial se debió a un epifenómeno de la disputa interna peronista antes que a posiciones divergentes. La confrontación con Duhalde formaba parte de la decisión Kirchner de no compartir la conducción del estado. No obstante, esa noche marcó el comienzo del fin de la estrategia de confrontación pergeñada contra la vieja corporación política, incluido su propio partido.

Duhalde, con el acuerdo tácito o explícito del peronismo, forzó a Kirchner a cambiar de estrategia y a gobernar con el partido. En el momento exacto en que

⁴³ Sin embargo, el territorio más importante del país sigue en la mira del presidente, quien continúa con sus intentos de penetrar la provincia de Buenos Aires. De ahí las distintas maniobras que promueve, entregando subsidios (*Clarín*, 5/1/2004) o intentado estrechar vínculos con los intendentes del conurbano.

⁴⁴ Juan J. Mussi (intendente de Berazategui, un distrito del conurbano) y de pura cepa duhaldista acusó a los piqueteros de manejo prebendario de los planes Jefes y Jefas de Hogar, sosteniendo que en el tema piquetero todos los intendentes del conurbano (el 90%) piensan lo mismo. *La Nación*, 30/11/03. También los intendentes son acusados de los mismos manejos.

Kirchner emprendió contra el jefe del poderoso aparato justicialista bonaerense, Duhalde tuvo a su favor la presencia de dos problemas cuya solución requerían de un justicialismo unido: la protesta social y el tiempo de rendir el examen económico (y no sólo con el FMI). Se acercaba la fecha de negociar con los acreedores externos parte de la deuda argentina. El gobierno debió demostrar su capacidad de llegar a buen puerto en esta materia. Duhalde le había hecho saber que no podría gobernar sin ellos. El presidente cesó sus disputas con el caudillo bonaerense y con el partido. Duhalde demostró estar dispuesto a facilitar la gobernabilidad. Frente a las urgencias, Duhalde y el partido devinieron imprescindibles a los ojos de la Casa Rosada. Kirchner fortaleció su alianza con Duhalde y con los clásicos caudillos peronistas que manejan los aparatos territoriales capaces de llevarle cierta tranquilidad pública y votos. Desde ahí continuó intentando mantener la opinión pública a su favor. Duhalde pasó a convertirse en el segundo año de gobierno en una figura que contribuía a garantizar el orden y la estabilidad.

V.-: HACIA UN NUEVO CAMBIO DE CÚPULA? (junio-octubre 2005)

Este ítem argumenta que la disputa entre Duhalde y Solá en territorio bonaerense resultó propicia para que Kirchner hiciese pie en el justicialismo provincial. Sin Solá ese movimiento del presidente hubiese devenido altamente improbable y de éxito dudoso. Kirchner sabía que el principal obstáculo para concentrar poder en sus manos no provenía de Duhalde tomado aisladamente sino del PJB. Esta constatación lo lleva a ser parte de la fractura del partido provincial, arrebatando de manos de Duhalde y colocando bajo su égida un sector del mismo. Varios intendentes del conurbano bonaerense resultaron de extrema utilidad en esa operación. La figura del gobernador Solá se convirtió en la ocasión –no para destruir el PJB sino para disciplinarlo bajo su manto (*impacto político nacionalizador*). La campaña nacional para las legislativas de octubre de 2005 ofreció al presidente la oportunidad de cerrar alianzas con casi todos los gobernadores de provincia, incluidos cuatro radicales. A cambio de anuncios para obras públicas en sus distritos el presidente ubica candidatos afines en sus listas. En ese contexto de fortaleza dentro y fuera del peronismo, Kirchner emprende una disputa frontal contra Duhalde para debilitar su posición de timonel del peronismo bonaerense. Este ítem desarrolla este proceso.

Si la tensión siempre presente sobre un posible pase de Cristina Kirchner a la provincia de Buenos Aires como senadora nacional abría un interrogante en la relación del presidente con el ex mandatario, hasta dónde esa tensión iba a convertirse en un conflicto permanecía un enigma para todos los analistas políticos hacia mediados del año 2004. Sin embargo, no fue esa la causa del desenlace. Más todavía, superado el posible obstáculo se creó otro. Iré señalando los pasos que conducen a la ruptura entre Duhalde y Kirchner.

Los cortocircuitos comenzaron con las diferencias sobre el tema piquetero, oscilando entre los acuerdos y las divergencias a lo largo de este tiempo. Aparecieron nuevos conflictos, pero de escasa relevancia en relación a la nueva estrategia presidencial.⁴⁵ La disputa encontró un primer escalón cuando en la relación Kirchner/Duhalde se instaló la figura de Solá. En septiembre de 2004, el gobernador bonaerense respaldó públicamente la candidatura de Cristina Kirchner como senadora nacional por la Provincia, lugar que el duhaldismo de pura cepa había reservado para Hilda G. de Duhalde. No sabemos si como respuesta a esta jugada, o independientemente de ella, Duhalde anunció su postulación a jefe del PJB bajo el argumento de evitar una fractura.⁴⁶

Frente a esta maniobra de Duhalde tendiente a la renovación de la jefatura al frente del PJ provincial –aún cuando fue para renunciar inmediatamente y dejar en su lugar a alguien de extrema confianza (Díaz Bancalari)- estalló el conflicto con el gobernador Solá. A partir de allí la intervención de Kirchner a favor de Solá dio paso a una historia conocida: el impacto directo de la política nacional y justicialista en el PJB. No cabía ninguna duda que el retorno fugaz a la jefatura justicialista bonaerense –por parte de Duhalde- implicaba una fuerte señal de su decisión de conservar el poder provincial. Estaba destinada a impedir que Solá enfrente al duhaldismo en buena parte de la provincia, pues habría listas de unidad. Una mera proclamación reemplazaría la competencia partidaria. Al quedar Solá en minoría, el duhaldismo estaría en condiciones de obtener el triunfo. De esta manera Duhalde se aseguraba la hegemonía frente a Kirchner en las negociaciones por las candidaturas a legisladores.

⁴⁵ Uno referido al nuevo rol de las fuerzas armadas en tareas de seguridad, sugerida por Duhalde y rechazada por Kirchner. El presidente permanece muy ligado a la memoria de los acontecimientos de los años 70s y no está dispuesto a hacer jugar ese rol a la institución militar. El otro conflicto refirió a la mención realizada por Duhalde al ciclo cumplido por el Plan Jefes y Jefas de Hogar implementado bajo su gestión y la necesidad de formentar microemprendimientos para los sectores que hoy reciben el plan de su autoría. Sin embargo, estos diferendos no llevarían la disputa tan lejos como la que se insinuaba en el territorio bonaerense.

⁴⁶ *Clarín*, 26/10/04.

Animado por Kirchner y acompañado de varios intendentes, el gobernador lanzó su línea interna para diferenciarse de los duhaldistas,⁴⁷ bajo el pretexto de terminar con la “vieja política”. Mientras tanto, el ex presidente definía su línea “Lealtad” en vistas de poner un límite a las aspiraciones del gobernador y, en consecuencia, evitar la intervención de la Casa Rosada en su distrito. Si hubo un acuerdo previo del gobernador Solá con el presidente Kirchner, o éste aprovechó a su favor la confrontación entre los bonaerenses, es difícil de determinar. Pues al inicio de la disputa entre Duhalde y Solá, Kirchner atiende ambos frentes. Por un lado, se muestra junto a Duhalde, en la tragedia de Cromañón, al acordar el nombre de JJ Alvarez en la Secretaría de Seguridad de la Ciudad. Por el otro, interviene para que salga el presupuesto que pretende Solá. Veamos este segundo conflicto que corresponde a la provincia.

A principios de 2005 el gobernador bonaerense vetó la Ley de Presupuesto 2005, aprobada por la Legislatura en diciembre. El duhaldismo (mayoritario en ambas cámaras) le había introducido una serie de cambios que el gobernador acusó de afectar la “gobernabilidad”.⁴⁸ Si bien las modificaciones no incluían una disminución de los recursos destinados a los distintos gastos (que eran por más de 17 millones de pesos), los legisladores duhaldistas negaron al gobernador poderes extraordinarios para modificar partidas presupuestarias -sin la autorización de la Legislatura- y redujeron a la mitad el número de cargos solicitados. El mismo día, la Cámara baja provincial se auto-asignó un aumento de 33 millones de pesos y votó el nombramiento de 195 empleados políticos. Eran advertencias de Duhalde destinadas a restar poder al gobernador. En respuesta, los diputados leales a Solá acusaron al duhaldismo de incrementar sus ingresos para financiar la política partidaria.

Sin embargo, el veto decretado por Solá acarrea dos inconvenientes: al tiempo que dejaba sin recursos a la provincia le impedía autorización para contraer deudas y adherir al Programa de Financiamiento Ordenado (PFO) que reclamaba el Gobierno nacional.⁴⁹ Este era un instrumento reclamado por Lavagna para ordenar los papeles ante los organismos financieros internacionales. Fue ahí cuando Kirchner se involucró en la disputa. Solicitó al jefe del bloque justicialista en el congreso nacional, Díaz Bancalari, su mediación para destrabar la aprobación del presupuesto propuesto por Solá. El 23 de febrero, el gobernador consiguió que la Cámara de Diputados sancionara una ley de adhesión de la provincia al Programa de Financiamiento Ordenado (PFO), que ya tenía media sanción de senadores.⁵⁰ El diferendo había sido superado. Con la aprobación del PFO y la aceptación del veto del presupuesto, Solá estaba en condiciones de refinanciar las deudas demandadas por el Gobierno nacional.⁵¹ La resolución institucional de la crisis no cerraba la problemática política que aún permanecía abierta.

En febrero comienza la discusión por la renovación legislativa en la provincia.⁵² Confrontando con Duhalde, Solá armó su propio bloque en legislatura provincial que pasó a convertirse en la segunda minoría, pues el duhaldismo retuvo el predominio de la cámara baja.⁵³ Desde su nuevo ámbito, Solá se auto-habilitaba para negociar espacios en la confección

⁴⁷ *Clarín*, 4/1/2005.

⁴⁸ En ese cuerpo hay 53 representantes del PJ, de los cuales 19 responden a Solá y 34 a Duhalde.

⁴⁹ Este programa –que autoriza al Estado a contraer deudas por \$ 1.550 millones- estaba incluido en el Presupuesto 2005, que Solá vetó.

⁵⁰ El compromiso asumido el 23 de febrero por el duhaldismo, que tiene supremacía en Diputados, incluyó la aceptación parlamentaria del veto del Presupuesto 2005 en la misma sesión.

⁵¹ En medio de esta disputa el duhaldismo amenazó tratar la ley que modifica el sistema de elecciones internas. Así pretendía separar la competencia interna del PJ bonaerense por los cargos nacionales de los provinciales y distritales donde Duhalde es fuerte. *Clarín*, 24/2/2005.

⁵² Se renuevan 35 diputados por Buenos Aires y tres senadores nacionales. El PJ aspira a ganar 18.

⁵³ El senado tiene 46 miembros. De ellos 35 pertenecen al PJB: 24 responden a Duhalde – quien a su vez controla las autoridades del cuerpo -- y 9 se hallan en el FV. En diputados hay 92 asientos: 55 pertenecen al PJ; 36 son duhaldistas (que perdió el quórum propio) y 20 felipistas, *La Nación*, 3/7/05, p 11.

de las listas legislativas. Pero la ruptura entre Solá y Duhalde tuvo repercusiones que fueron más allá del parlamento provincial. La sola posibilidad que Kirchner estuviese del lado del gobernador impactó en varios distritos bonaerenses:⁵⁴ Cuarenta y ocho de los 76 intendentes peronistas suscribieron al felipismo kirchnerista.⁵⁵ Si bien la balanza se inclinaba claramente para este lado del peronismo, el acto de lanzamiento de “Lealtad Peronista”, la línea de Duhalde, constituyó una demostración de fuerza del aparato.⁵⁶

Pese a la escisión del PJB, todavía la relación entre Kirchner y Duhalde permanecía en estado de tregua. La candidatura a senadora por el PJ bonaerense de Cristina Fernández venció la resistencia del duhaldismo, sobre todo cuando las encuestas mostraban que superaba por un amplio margen a la señora de Duhalde (desde el inicio los números indicaban que la senadora estaba más de 15 puntos encima de la diputada en intención de voto). Por lo tanto, la postulación de la dirigente bonaerense quedó congelada⁵⁷ y el duhaldismo se dispuso a sumarse a las listas kirchneristas, tratando de ubicar la mayor cantidad posible de candidatos.

El 27 de abril, el Gobierno lanzó la campaña electoral nacional en un acto realizado en el estadio cerrado de Obras Sanitarias, cuya oradora principal fue Cristina Fernández y donde no faltaron las menciones a Evita y Perón. Allí la primera dama recalcó la estrategia ya planteada por Kirchner: asumir la elección como un virtual plebiscito a la gestión presidencial. En ningún momento aludió a su propia candidatura.⁵⁸ El acto resultó una muestra contundente del acercamiento de Kirchner a la vieja corporación peronista. Estuvieron presentes el arco sindical en pleno, Solá y casi todo su gabinete. No obstante la tregua planteada, ese mismo día Hilda Duhalde cuestionó que el presidente criticara la alianza entre López Murphy y Macri.⁵⁹

La disputa comenzaba a desatarse. Las fervientes negociaciones llevadas a cabo a fines de mayo tendían a evitar un enfrentamiento entre Kirchner y Duhalde en la provincia de Buenos Aires. Finalmente el ex presidente provisional no aceptó las condiciones impuestas desde la presidencia. Kirchner pretendía armar las listas del PJ bonaerense sin el acuerdo de Duhalde, quien creía que todavía conservaba esa potestad o, al menos, mantenía una gran influencia.⁶⁰ Por primera vez en más de una década, emergía una oposición provincial interna a Duhalde, que le discutía su liderazgo y manejaba los recursos provinciales. Solá lanzó el Frente para la Victoria donde remarcó la candidatura de Cristina Fernández, elogió al Presidente y se presentó como su proyecto en la Provincia.⁶¹ Sin duda, el gobernador no estaba solo. Por su parte, el Congreso provincial del PJ, el máximo órgano de conducción del peronismo bonaerense, convocado por el duhaldismo, resolvió sancionar a los afiliados que en octubre compitiesen por afuera del PJ.⁶²

Concretando la división del peronismo bonaerense, el 1 de julio de 2005 se presentaron dos listas –la oficialista (Cristina Kirchner) y la opositora (Hilda Duhalde)-- que reflejaban la disputa nacional penetrando en el territorio bonaerense. Sus votantes elegirán 23 senadores provinciales de cuatro secciones electorales y 46 diputados de las cuatro secciones restantes. En una situación plagada de ironías el hasta ayer hombre

⁵⁴ *Clarín*, 5/3/2005.

⁵⁵ Entre ellos Solá Julio Alak (La Plata), Gilberto Alegre (General Villegas) y Alberto Balestrini (La Matanza. *La Nación*, 5/3/2005.

⁵⁶ *Clarín*, 20/3/2005.

⁵⁷ *Clarín*, 17/4/2005.

⁵⁸ *Clarín*, 28/4/2005.

⁵⁹ *Clarín*, 30/5/2005.

⁶⁰ *La Nación*, 29/5/2005.

⁶¹ *Clarín*, 8/5/2005.

⁶² *Clarín*, 30/5/2005. La misma actitud adoptó el PJB cuando lo comandaba Herminio contra los renovadores que fueron en el Frente de 1985.

fuerte del peronismo bonaerense pasaba, junto con el PJB, a ser opositor al oficialismo en su distrito.

Los dos proyectos confrontados, el de Kirchner-Solá por un lado y el de Duhalde por el otro,⁶³ no dejan de ocultar la operación del presidente de continuar concentrando poder en sus manos, aspirando a darle una estocada final a Duhalde. Este, por su parte, comprendió que no tenía alternativa. Permitir que Kirchner disponga de las listas de su provincia y en el número deseado era verdaderamente su final como caudillo del PJ bonaerense. Ante eso decidió dar batalla por conservar parte de su poder provincial ubicando “sus” legisladores en las bancas. Sus chances –si el presidente había decidido disputarle poder en su territorio-- serían mayores ahora que en el 2007, cuando se jugase la gobernación de la provincia. Ahí hubiese estado irremediablemente perdido.

La práctica de ir dividido el peronismo en Buenos Aires tenía antecedentes, como vimos en la disputa Cafiero /Iglesias. Cafiero fue con el FREJUDEPA para enfrentar en las elecciones generales abiertas de 1985 a *Herminio*, quien se negó a dar elecciones internas (en aquella época eran cerradas). Cafiero fue por fuera del PJB porque Herminio Iglesias logró impedir las elecciones internas. Ahora el FV conforma otra lista en la situación inversa. La actual ley electoral provincial para los cargos electivos provinciales fija el procedimiento de internas abiertas. La coalición Kirchner/Solá prefirió no enfrentar a Duhalde en la competencia intrapartidaria. Del mismo modo que Duhalde maniobró para que Menem no compitiese en una elección interna para dirimir las candidaturas justicialistas presidenciales del 2003.

Cafiero decidió el camino extra partidario porque la injerencia del PJ nacional en la provincia no le permitió participar por dentro del peronismo provincial. En cambio, Kirchner y Solá eligen el mismo camino de Cafiero porque no quieren competir por dentro del PJB. Lo que parece igualar las dos situaciones (Cafiero en 1985 y Kirchner en el año 2005, es decir 20 años después) es la derrota del PJB a manos de peronistas agrupados bajo otra sigla.

V.- CONCLUSIÓN PROVISORIA Y NUEVAS HIPOTESIS

Al finalizar este paper debo confesar que lo subyace una hipótesis: esa imbricación de la política nacional y bonaerense encierra una diferencia crucial entre Buenos Aires y el resto de las provincias.⁶⁴ A la mayor relevancia otorgada habitualmente a Buenos Aires, que aquí se ha denominado impacto provincializador, se requiere añadir la marca de los otros dos en la política provincial: el impacto nacionalizador y el impacto cooperativo. Los tres, expresados claramente en la construcción de los máximos líderes del PJB, distinguen –a mi entender-- esta provincia del “interior” argentino.

Con esta hipótesis solapada, y por lo tanto suponiendo que estamos ante la excepcionalidad bonaerense, el paper argumentó que partir de 1983 los líderes máximos del PJB (Cafiero y Duhalde) se han construido antes, o en paralelo, en el nivel nacional. Una vez ocurrida su consagración nacional, recién entonces escalaron a la conducción del peronismo provincial primero y a la gobernación después. Los otros dos gobernadores de origen peronista, Carlos Ruckauf y Felipe Solá fueron previamente figuras del orden nacional, vicepresidente de la nación uno y ministro de Carlos Menem el otro. La diferencia con Cafiero y Duhalde es que nunca llegaron a conducir el PJB.

⁶³ Solá lanzó el Frente para la Victoria donde remarcó la candidatura de Cristina Fernández, elogió al Presidente y se presentó como su proyecto de en la Provincia. *Clarín*, 8/5/2005.

⁶⁴ Excluyo de esta afirmación general tanto a la Ciudad Autónoma como al proceso anterior a 1983 por falta de investigaciones suficientes capaces de sostener este argumento.

La distinción presente entre estos cuatro protagonistas (Cafiero y Duhalde por un lado, y Ruckauf y Solá por el otro) introduce un dato relevante referido a las transformaciones sufridas por el “caudillismo” luego de 1983 en la escena política argentina. En la introducción mencioné la convalidación periódica en las urnas que precisaban los jefes partidarios –para que sus fuerzas continuasen siendo votadas. De ahí el rol decisivo que cumplen los “candidatos” al perdurar la democracia política. Estos candidatos, cuando no son al mismo tiempo líderes (en los sencillos términos de capacidad de liderar el proceso político), responden a quien los ubicó allí. Así sucede cuando es preciso ganar elecciones y el caudillo no puede presentarse. Este apela al “candidato” capaz de llevar al triunfo (o al menos hacer una buena elección) a su fuerza política.

El PJB propuso como candidato a gobernador a figuras que no necesariamente se destacaban por su militancia partidaria provincial, como fueron los casos de Carlos Ruckauf y de Felipe Solá. Ambos resultaron elegidos por su imagen mediática, y por lo tanto parecían los más aptos para captar votos. En el caso aquí analizado, se trataba de seducir a los sectores medios “independientes”. Las dos novedades (necesidad de revalidación en las urnas y de contar con un candidato) han acarreado situaciones de poder bifronte. Esto ocurre cuando el candidato, en nuestro caso devenido gobernador, decide “independizarse” del tutelaje del caudillo y llevar a cabo su propio juego, como sucedió con Solá en relación a Duhalde. No aconteció igual con Ruckauf, quien utilizó el ascenso de Duhalde a la presidencia, en enero de 2002, para abandonar la gobernación.

La imbricación de la política bonaerense con la nacional, descifrada a través de tres impactos (nacionalizador, provincializador y cooperativo), explica no sólo la llegada de Kirchner a la Casa Rosada, sino que desde el ámbito político nacional, al igual que antes ocurrió con Iglesias y con Cafiero, se plantean las condiciones para debilitar la jefatura del PJB, ahora en manos de Duhalde. La operación abre un conjunto de incógnitas sobre el sustituto y futuro jefe político provincial. ¿Aceptará Cristina Kirchner la candidatura a gobernadora para el 2007? ¿Si la respuesta es afirmativa, asumirá la jefatura del PJB o buscará el presidente a alguien de su confianza? ¿Cuál impacto (el nacionalizador, el provincializador o el cooperativo), o cuál combinación de los mismos, continuará definiendo los rumbos del PJB? Los resultados electorales de un peronismo provincial dividido irán despejando algunos de estos interrogantes. Claro que la voluntad y la visión de los vencedores formulará otros, como por ejemplo con quien Kirchner acordará o disputará un nuevo esquema de cúpula que reemplace al actual. Del mismo modo –aunque con menos poder— los vencidos buscarán sus chances de reciclarse en la construcción de nuevas oportunidades.

A esta altura es preciso hacer notar que la imbricación política contiene elementos colocados “por fuera” del peronismo. Sin duda, los fondos nacionales destinados a las provincias y a los municipios devienen una variable a tener en cuenta en este proceso político. Por eso Duhalde condicionó la aceptación de su candidatura a gobernador, en 1991, a la inyección de recursos que la nación pudiese proveer a la provincia. El otro elemento lo constituyen las elecciones generales llevadas a cabo en la provincia; se trata de una instancia para nada menor, que este texto ha destacado. Así la misma elección que “destituyó” a Iglesias convalidó a Cafiero, en 1985. Las mismas urnas que ungieron gobernador a este último en 1987 se pronunciaron contra la posibilidad de su reelección en 1990. Duhalde fue (re) elegido gobernador en 1991 y en 1995, previa reforma constitucional provincial en 1994. Ruckauf confirmó el “ojo” de Duhalde en retener la gobernación para el PJB en 1999. La alta imagen positiva de Kirchner en octubre de 2003 dio el triunfo en los comicios bonaerenses a Solá. Las

urnas volverán a hablar en una semana. Nuevamente una elección general definirá, en principio, los términos en que se planteará la disputa por el liderazgo máximo en territorio bonaerense. Obviamente la voluntad política, como aquí se vio, también hará su parte.

Finalmente, quedan abiertas las preguntas referidas a las maquinarias peronistas locales. ¿Cuál era la relación que mantenían, con Duhalde, los actuales intendentes que se pasaron de bando? Todo parece indicar que el PJB no sostiene, con el jefe máximo, un vínculo de subordinación ciega a su voluntad, de lo contrario no se explica el cambio de los jefes comunales. Por lo tanto la hipótesis que encierra esta pregunta refiere al grado de autonomía que parecen ostentar –de sus máximos líderes- los caudillos y el peronismo locales. ¿Estamos frente a un partido que se dispone a consagrar los liderazgos que le garantizan recursos pero también votos?

VI.- REFERENCIAS

Arias, María Fernanda (2004). "Institucionalización partidaria en el justicialismo: la corriente renovadora" en *Revista SAAP*, Vol 1, No 3, Buenos Aires, (489-513).

Calvo, Ernesto y Marcelo Escolar (2005). *La nueva política de partidos en la Argentina*, PENT/Prometeo, Buenos Aires.

Cavarozzi, Marcelo y J. M. Abal Medina (comp.) (2002) *El asedio a la política Los partidos latinoamericanos en la era neoliberal*. Homo Sapiens Ed. Buenos Aires.

Gutiérrez, Ricardo (2000). *De la derrota a la reelección: las transformaciones del peronismo entre 1982 y 1995*. Tesis de Maestría en Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. (Mimeo,)

Luchessi, Pablo (sin fecha). *Los espejos de Duhalde*, Editorial Tiempo, Buenos Aires.

Mc Adam, Andrew (1996). *Cafiero. El Renovador*. Ediciones Corregidor, Buenos Aires.

Malamud, Andrés (2004). "Federalismo distorsionado y desequilibrios políticos: el caso de la provincia de Buenos Aires" en María Inés Tula (ed), *Aportes para la discusión de la Reforma Política bonaerense*. Prometeo, Buenos Aires, (71-83).

Navarro, Mario F. (2003) "La provincialización anárquica de la política argentina". Paper presentado en el VI Congreso de la Sociedad Argentina de Análisis Político (SAAP) (mimeo).

Ollier, María Matilde y Ana Mustapic (2003). "El futuro del partido justicialista", *Textos*, No 3 Año 2.

Ollier, María Matilde (2004). "Hacia un patrón argentino de inestabilidad", *Estudios Sociales* (Revista Universitaria Semestral), No 27, año XIV, segundo semestre, Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, Argentina.

----- (2003) "Argentina: Up a Blind Alley Once Again? From an Alliance in the Executive to a Coalition in Parliament", *Bulletin of Latin American Research*, (22) 2 London.

----- (2001) *Las coaliciones políticas en la Argentina. El caso de la Alianza*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Palermo, Vicente y Marcos Novaro (1996) *Política y poder en el gobierno de Menem*, Editorial Norma, Buenos Aires.

Sidicaro, Ricardo (2002) *Los tres peronismos Estado y poder económico, 1946-55/1973-76/1989-99*, Siglo veintiuno editores Argentina.